



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10228

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península. — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Extranjero. — Tres meses, 11 25 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24
JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 1895

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Jorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Principio para un moderno sistema. Bombas Wolf y otros sistemas para trabajos. Azufradores, cizallas y demás máquinas de uso al vinicultor. Desgranadoras de pánizo (6 fanegas por hora). — Embudos automáticos. — Tijeras para vendimias, poda, etc. — Arados de cestería. — Espalio artificial. — Palos, azadas, legones, todo acero. — Carretillas y wagonetas.

El Mediquín.

Aún se debía conservar memoria en aquella vieja y desmantelada ciudad de Arganda, de que fue Petronila, muchacha vislota y de rumbo, hacia el tercio postrero del siglo anterior; pero como tanto ha llovido desde entonces, no es de extrañar que se hayan borrado los recuerdos; así que sólo por intención soñadora de artista y sin datos ni documentos fundamentales, tengo yo que reconstruir á mi modo el suceso, más trascendental é importante de su vida.

— ¡Sta. Virgen de las Viñas! Para que me has dado estos ojos entre vendas y sales y esta mata de pelo como la mora y este talle que se cimbreo como los cañizos de las orillas del Duero, si he de podirme soltera en un poblacho? ¿He nacido en las malvas? ¡Hidalgos fueron mis padres, y no me dejaron tan sola al morir, que buena es la compañía de tierras y lugares, que dejan de utilidad, un año con otro, pasante de cuatro mil ducados.

Y tenía razón Petronila, para quejarse tan amargamente aquella noche, al contemplar su rostro juvenil y su busto saludable en cornucopia de profusa talla á la luz de un velón monumental de torneada base, sustentando seis brazos como el oro trécentos y en los que ardían otros tantos mecheros.

Encandilábase en un momento de alegría sus ojos al considerarse hermosa, con aquellas cejas arqueadas y oscuras y aquellas mejillas lozanas como fruta en sazón, y aquella boquita encendida como unos claveles; pero pronto se dejó caer desalentada en un cómodo sillón frailer, inclinando la frente apesadumada sobre la diestra blanca y gordoza, mientras que con la otra oprimía con rabia el corpiño de alepin y casi rasgaba la rica pañoleta de encaje de Malinas.

De tan dolorosa abstracción le vino a saca el crujido de la puerta, que volvió a cerrarse tras de la moza que traía barreño mediado de agua y caxillo.

— ¿Van á dar las doce, Tomasa? preguntó Petronila á la joven.
— Están al caer.
— El loque para no errar está en la exactitud. Por eso, sin duda, nos hemos equivocado en otros años. Arrima el cazo á las llamas del velón. — Tiene plomo bastante?

— Buen rato estuve arrancando lirras de las vidrietas del contador. Mira su merced si habrá de sobra.

— Pues no perdamos tiempo. Tén bien el pelo hasta que se ponga rogente. Oído atento y á la primera campanada...

— Así haré, que no ha de quedar por mí si no descubrimos esta nochecita de San Juan el marido que Nuestra Señora de las Viñas nos reserva.

Quedarán ama y criada, con el cazo borbotando á la llama del velón y el oído atento. Zumbó á muy poco el bronce en el reloj de torre no lejano; pero antes de que gritase Petronila — ¡Ahora! — ya había Tomasa vertido en el agua, con humeante estridor, el plomo liquidado.

Del lebrillo sacaron las mujeres el metal, que cuajó caprichosamente: rebía y larga escurridura, con dos burbujillas colgando, se adhería á un trozo macizo casi semicircular.

— Te damos la del año pasado —

exclamó enojada Petronila. — Por qué está pariendo también una bandolera y un tricorno, y ya viste lo que resultó con mi primo el guardia de Corps, á quien colgamos el presagio.

— Lo de sombrero, sí que lo parece; pero esto que corre por aquí no puede ser bandolera; sino vara larga y con borlas, como de gente de justicia, por lo que se me alcanza á mí que su merced se ha de casar con algún corregidor, andando el tiempo.

Revolvió Petronila entre sus lídicas y temblorosas manos el cuajón misterioso, y convenciónse de que Tomasa estaba en lo cierto.

Del tricorno ni dudar siquiera; pues lo otro era seguramente un bastón con borlas. Pero quién podría ser? Porque ella no conocía á otro corregidor que al de la Villa, y se le representó con asco, embullido el cuerpo, enjuto en cascón de terciopelo negro, las piernas esteladas y el rostro livido y avinagrado, y además con hijos y mujer y trisando en los sesenta.

Con estos cuidados no descansó en toda la noche, y las mismas vacilaciones y temores le asaltaron en muchos días siguientes.

Un corregidor! Pero aquello del bastón y las borlas no se podría también aplicar. Y al llegar á este punto que bala gúenas imágenes cruzaron por la mente de Petronila, que entornaba los ojos y entreabría las labios con placentera sonrisa!

Acercábase entonces á la mesa de patas salomónicas, y de la urnilla de cristal que resguardaba primoroso niño Jesús articulado y vestido de tisú, cogía el plomo cabalístico que allí á manera de ex-voto conservaba, y cayendo de rodillas decía:

— ¡Haz que el presagio y mis deseos se cumplan, santo Niño!

Y así pasaron meses y mas meses y hasta mas de un año.

Un día, jadeante presurosa, regresó Tomasa del mercado.

— ¿Sabes si me he lo que pasa? La Zequieta, la viuda de la laurería de la plaza, que tenía un hijo estudiando en Alcalá, se acaba de abrazar ya hecho un doctor. Corra si le quiere ver que por junto al arco viene cercado de señores. Galán está con la casaca negra con bolones de azabache y los guelillos y la chorrera de encajes de Holanda, y la caña de Indias con puño de oro que relumbra al sol.

No se apartó de la ventana Petronila hasta desaparecer el doctorcito flamante y debió de parecerle muy hermoso por qué acercándose á la urna exclamó sonriendo de dicha:

— ¡Gracias, Jesús mío! Así le había soñado.

Pero los sueños de la pobre Petronila no se realizaron.

El sabio hijo de la viuda de la plaza, la salvó de la viruela, que asolaba al pueblo; mas el día en que se levantó convaleciente, al acercarse á la farmacopea á un descuido de Tomasa, profundió en llanto desesperado al verse tan horrible.

Pobre Petronila!

Y se me imaginó que profesó en las Bernardas, y que debió de morir poco menos que en olor de santidad el segundo ó tercer año del siglo presente.

Parece muy natural que dejara al convento sus bienes, y al Santuario de Nuestra Señora de las Viñas un singularísimo legado: hermoso niño Jesús vestido de calzon, chupa y casaca de terciopelo negro, tricorno de felpa y bastón con rica empuñadura de oro.

De la verdad de estos hechos nada certifico.

Sin embargo, los más escrupulosos se podrían convencer con datos como los siguientes:

Que á un cuarto de legua de la ciudad de Amunda, camino de Gumie de Izan, á la sombra de álamos copudos, se levanta el santuario famoso de la Virgen de las Viñas.

Y que en el altar mayor de la ermita puede aun verse la linda imagen del niño Jesús, que tradicionalmente llaman en todo el contorno el mediquín, así por lo original de su vestidura, que es la misma que gastaron los doctores en el pasado siglo, como por la fó que inspira cuanto á milagrosa para ahuyentar la epidemia.

Apesar de lo cual, el cólera se ha cebado cruelmente en el país en varias ocasiones; pero en la humanidad se conservan creencias profundamente arraigadas sin fundamento mejor.

B. Blanco Asenjo

Instantánea de higiene

¡Que viene el coco! ¡Catal! ¡Dormir etc! ¡El coco, el coco!... Tal suele ser el medido de que se vaten todas las narizas y narinas y también casi todas las narinas para dormir á los niños. Una vez, el coco, se convierte en traperos, viras, un carbonero, siempre en alguna parte ó objeto que impreso en el niño y le haga temer, con verdadera terror, en presencia; no faltan ocasiones en que cuando el niño, á pesar de tan terribles advertencias, llora y llora y no dexa traza de dormir, se simula un fantasma ó se hacen ruidos fuertes y hasta se llega á imitar la voz del pretendido coco, todo para demostrar la certeza y realidad de la amenaza.

¡Lamentable error! La inmensa mayoría de las veces, el recurso no produce consecuencias prácticas, y en todo caso, el niño, así dormido, tiene un sueño tranquilo, se despierta asustado, la frente bañada en sudor, sus facciones expresan el terror, sus ojos, abiertos de una manera desmesurada, miran con extravío...

Se han oclado los primeros síntomas para que el niño padeciera una meningitis, mortal casi siempre, y que cuando no lo es, deja tras de sí terribles deducciones ó eternas reliquias; se le ha creado la enfermedad conocida con el nombre de terrores nocturnos, de tan fatales consecuencias y de tan difícil tratamiento.

El coco, que no puede venir, se convierte en el médico, que llega, las más de las veces, para luchar contra estados

ERNESTO MALTRAVERS.

281

Y para esto era para lo que ella, desde todos los días, á fin de alimentar su esperanza: «Yo volveré á verme taha y salva, yo volveré á encontrar la casita, allí estará él todavía; le pondré á mi hija en los brazos y todo seguirá tan bien como antes!»

Y para esto era para lo que ella había emprendido su viaje á pié, desde una tierra lejana, en el instante en que pudo caminar sin ayuda, con objeto de regresar á aquella casita sin saber el camino por donde debía dirigirse, sin tener más datos para orientarse que el nombre de la ciudad más inmediata; y el nombre de esa ciudad, siendo tan populosa como era, ¿cómo había llegado á los oídos de las personas á quienes preguntaba Alicia.

Muchas veces le habían dado direcciones equivoocas, y sin embargo, ella había continuado su ruta solitaria, sufriendo el frío, el hambre y la sed con el instinto de un perro fiel que busca el paradero de su dueño. Tres veces la había postreado la fatiga, y tres veces había debido á la burlesca piedad un lecho donde reposar en cuerpo calenturiento y quebrantado. Una vez también su vida, su amor, la vida de su vida, se había enfermado en términos de hallarse próxima á morir, y entonces tuvo que suspender su viaje hasta que la criatura se restableció y empezó á sonreír nuevamente con su madre.

280 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

cuando percibieron, repite, lo que la capa vieja le había enseñado, un niño, que la pobre muchacha llevaba en sus brazos.

Se había detenido ella para mirar hacia atrás con enternecimiento, con una exasperación que podía leerse en su actitud, aun desde aquella distancia.

Ella imprimió sus labios en la frente de la criatura, ellos oyeron un sollozo convulsivo; ella tomó de nuevo su camino y un minuto después ya no estaba visible.

— Eso está muy claro! dijo mistress Hobbs.

— Qué buena noticia para la parroquia! añadió su marido. Y una criatura tan joven! qué vergüenza.

— Las muchachas de estos cantones son verdaderamente detestables en el día, Jenny, dijo la madre de familia á la recién casada.

Ahora comprendo, dijo el papá Hobbs con aire malicioso, porque solicitaba ella al señor Butler, la pizarra vendría á hacer la declaración de paternidad.

Y para esto era para lo que la pobre Alicia había sustentado sus fuerzas y su aliento, durante una cruel enfermedad que la había retenido muchos meses sobre el miserable lecho de un labrador irlandés!

ERNESTO MALTRAVERS.

277

de una especie de respeto. ¿Desais alguna cosa? le preguntó el mayor y más resuelto de aquellos muchachos.

— Yo... yo...? No hay dud... esta debe ser la casita del valle?

— Esta era la casita del valle; ahora es Hobbs-Lodge. ¿No sabes leer? preguntó el heredero de los honores de la casa Hobbs; y menospreciando la ignorancia de la extranjera, hizo de ella motivo para perder la compasión que desde luego le había inspirado.

— Y el señor Butler... se ha marchado también? preguntó la desconocida. Pobre muchacha! hablaba como si la casita se hubiese marchado, en lugar de haberse embellecido; las columnas jónicas no tenían ningún atractivo á su vista.

— Butler...? aquí no vive nadie de ese nombre. ¿Papá, sabéis la morada de un tal Butler?

Papá dirigía entonces para el sitio de la conferencia su sólida máquina, sus macizas pantorrillas, su magestuosa panza.

— Butler? dijo él, no conozco ese nombre. Aquí no hoy ningún Butler, hija mía. ¿Has tomado el portante...? ¿no os avergonzáis de mendigar?

Nada se sabe de Butler...! dijo la pobre muchacha, pudiendo apenas respirar y teniendo de los barrotes

